

Elecciones en la Asociación de Ingenieros Industriales

El Colegio de Ingenieros Industriales de Cataluña ha tomado recientemente pública postura ante el debate suscitado por el trasvase de las aguas del Ebro a la región catalana. En el informe, claramente favorable al trasvase, se hace hincapié en la necesidad de una ordenación del territorio coherente y conjunta, y se afirma que el trasvase del Ebro no perjudica en absoluto a las provincias riberañas de los tramos superior y medio del río. «En este sentido —añade la nota— rechazamos energicamente las campañas demagógicas que se han suscitado, pretendiendo enfrentar los intereses de Aragón y Cataluña». Esta ha sido la última actitud pública de un Colegio Profesional que desde hace algunos años viene manteniendo una posición crítica y progresiva frente a los problemas de la comunidad. Repetidas veces, los ingenieros de Cataluña se han pronunciado por el reconocimiento estatal de los derechos de reunión, asociación y huelga, contra el artículo 103 de la Ley de Procedimiento Laboral o por la amnistía de los presos políticos.

Los ingenieros industriales gozan de una doble representación corporativa, única entre las clases profesionales. Mantienen sus antiguas Asociaciones —la de Barcelona data de 1863—, de voluntaria inscripción y sin ninguna finalidad administrativa, al lado del correspondiente Colegio Oficial, creado durante este régimen para, entre otras, cumplir determinadas tareas burocráticas: visar los proyectos de obligatoria presentación, por ejemplo. La Asociación de Ingenieros Industriales de Cataluña depende del Ministerio de la Gobernación, mientras el Colegio pasa por la tutela del Ministerio de Industria. Ambos, Colegio y Asociación, se rigen por estatutos diferentes y Juntas Directivas distintas. La gran mayoría de los ingenieros participan simultáneamente de ambas representaciones, cifrándose en un escaso 5 por ciento la diferencia de asociados de una y otra. La duplicidad corporativa es, pues, más formal que real. Asociación y Colegio son —y este proceso se ha acentuado en los últimos años, coincidiendo con la asunción pública de los ingenieros de posturas críticas frente a la Administración—, dos caras de una única evidencia: la que componen más de cuatro mil ingenieros —en Cataluña—, el 80 por 100 de los cuales están asalariados con todo lo que ello comporta de cambio de mentalidad ante la realidad social. Existe al respecto una encuesta realizada con una amplia muestra de ingenieros, todavía impubliada por razones de muy difícil comprensión, en la que, respuesta a respuesta, y a pesar de algunas contradicciones muy significativas, queda patente un cambio de mentalidad política en los ingenieros.

El pasado día 25 de noviembre hubo elecciones en la Asociación de Ingenieros Industriales de Cataluña, en las que se ponía en cuestión la mitad de la actual Junta Directiva. El cargo de presidente —en la actualidad, el Colegio y la Asociación comparten la cabeza rectora en don Juan Vallvé— quedaba fuera de liza. Se presentaron dos listas: una, con don Lluís Roig i Serra a la cabeza, y otra, con don José María de la Poza Lleida para el cargo de vicepresidente primero. Las elecciones eran importantes, porque la presentación a última hora de la candidatura del señor De la Poza ponía en juego la línea dinámica y abierta de la Asociación en sus funciones culturales, entendido esto de la manera más amplia que comprende el término **cultura**. Conviene constatar que, mientras el Colegio se ocupa básicamente de los problemas más estrictamente profesionales de los ingenieros, la Asociación ha tomado para sí la responsabilidad de los programas culturales y formativos, que, dirigidos a los ingenieros, se salen del marco limitado de la profesión. El programa de la candidatura Roig i Serra era de continuidad en el avance crítico de la Junta actual. Mencionaban su «preocupación por la dependencia tecnológica de nuestro país», y prometían «mantener la larga tradición democrática de la Asociación como vehículo de participación de los asociados» (*). Era una candidatura de concentración amplia, en la que al lado de profesionales jóvenes —uno de veintitrés años, asalariados a secas—, había también ingenieros de promociones anteriores a la guerra civil, con altos cargos directivos en sus respectivas empresas. A su vez, la lista del señor De la Poza, que incluía a personas muy poco vistas con anterioridad en los locales de la Asociación, prometía «promover de forma activa la vinculación del ingeniero con la empresa» y «Brain-Storming entre profesionales del mismo sector y rango» (este último punto, como pueden ver, tiene su miga). Los Ingenieros encontraron sugerentes similitudes entre las dos opciones presentadas para dirigir su Asociación, y la situación política del país: una amplia concentración, encaminada al cambio, crítica y democrática, y la alternativa correspondiente de un sector conservador y reactivo a la ineludible marcha al futuro. El resultado fue que se dio una afluencia a las urnas mucho mayor que en los años anteriores, y el triunfo, por 960 a 237, de la candidatura progresiva, la del señor Roig i Serra. Resultado, sin paliativos, clarísimo. ■ JUAN ZAMORA TERRES.

(*) Traducido del catalán.

La Capilla Sixtina

LA AGENDA

Según ha revelado un semanario francés, ciertos senadores norteamericanos han enseñado su agenda política a un emisario español, y en esa agenda consta que la homologación democrática de España, Washington la ha previsto para 1980.

—¡Imposible! ¡Si está al caer!
—No, no. En nuestra agenda pone: "España, 1980".

—Ha de haber un error.
—Caballero, las agendas de los senadores de los Estados Unidos no se equivocan jamás.

No sabemos de qué talante ha vuelto el emisario español, pero me consta que Marco Antonio Alfonso de los Arroyos está desolado, porque me ha telefonado con una tristeza húmeda en la voz.

—¿Ya te has enterado, Sixto? Seis años más.

—Mira, así son las cosas de este mundo.

—¿Y tú crees que si recogieramos firmas y las enviáramos a Washington no se aceleraría la cosa.

—Unas cuantas firmas más... Vale.

Por la tarde, Marco Antonio y yo hemos tenido una reunión perfectamente legal y hemos escrito una carta al senador en cuestión; para más señas: el senador Kennedy.

"Don Eduardo: Somos unos españoles preocupados por la noticia de que en su agenda la homologación democrática de España no se produce hasta 1980. Quisiéramos que reconsideraran sus previsiones y si fuera posible concedieran un anticipo. Por otra parte, también nos gustaría saber si es posible que nos tomemos la homologación por nuestra cuenta, sin esperar su consentimiento. Quedamos a su entera disposición".

—Bueno, Sixto: ¿Quién firma esto?

—Pues tú y yo.
—Faltaría otra persona.

—Bueno, vamos a proponérselo a Encarna.

Está Encarna tirando dardos a un blanco, nuevo pasa-

tiempo que se ha buscado, según dice, para satisfacer su reprimida agresividad.

—Yo no firmo nada. Me parece un juego posibilista infeliz.

—Pero léete la carta, al menos.

Se la lee. Nos mira con una ceja enarcada, a la manera de Jennifer Jones y Gregory Peck.

—¿Por quién me han tomado? Yo no pido favores a esos imperialistas.

—El orgullo te perderá, Encarna.

—Y la soberbia —apostilla Marco Antonio, casi colérico.

—Y a ustedes les va a perder el cálculo de probabilidades. ¿Es que la democracia sólo llega cuando lo deciden esos señores?

—Por algo tienen la patente. Ya sabes, Encarna, que uno de los síntomas del subdesarrollo español es la cantidad de dinero que se nos va al año en "royalties".

—Esos señores se aseguran. En su agenda debe figurar que hasta mil novecientos ochenta, la Ford española no será plenamente rentable. Y además, de ser cierto, no sé por qué se desesperan. ¡Por unos a ñ o s más! Y a usted, don Sixto, menuda faena le hacían si de la noche a la mañana se daban unas circunstancias en las que pudiera llamar a las cosas por su nombre.

—¡Sin ofender!
—Que ya me tiene harta. ¿Qué carta ni qué cuerno! Porque, a ver: Los senadores esos tienen en su agenda mil novecientos ochenta, pero, ¿y ustedes? ¿Qué fecha tienen ustedes en su agenda?

Marco Antonio carraspea. Yo busco una excusa tonta. Nos vamos. En el descansillo de la escalera nos miramos al fondo de los ojos.

—Marco Antonio, sé sincero, ¿tú?...

—Mil novecientos noventa y dos. ¿Y tú?

—Nunca.

Y le enseño mi agenda, llena de páginas en blanco. ■

SIXTO CAMARA